

Pormenores organizativos de la guerra de 1936 en cartas de un Requeté de Sangüesa

RICARDO OLLAQUINDIA

De las guerras, pasan a la historia las grandes batallas, los generales que las dirigieron, las fechas o lugares que marcan las victorias o derrotas decisivas. Lo demás es pormenor; algo que queda en la memoria del soldado raso, para contarlo a los nietos o confiarlo a un papel.

Los pormenores, relatados por testigos directos, destacan pequeños detalles de situaciones concretas que, pasado un tiempo y cambiadas las circunstancias, llaman la atención y replantean cuestiones que, aunque secundarias y menores, ayudan a esclarecer otras más principales. La historia de la guerra de 1936, rica en visiones de conjunto y abrumadora de bibliografía, se encuentra también en el pormenor.

Este trabajo presenta las cartas, inéditas, que dirigió a su familia José María Erdozáin, requeté de Sangüesa, de julio a octubre de 1936, refiriéndose a asuntos personales y a servicios militares, reflejando cómo estaban en aquellas fechas iniciales de la guerra.

José María Erdozáin salió el 19 de julio, de Pamplona hacia Madrid en la Columna García Escámez, como alférez de una de las cuatro Compañías de Requetés que en ella formaban, la mandada por el capitán Alós. Cayó mortalmente herido el 14 de octubre, en la toma de Sigüenza, junto a la Catedral, muriendo dos días después.

En los tres meses escasos que estuvo en el frente escribió unas veinte cartas a su familia, compuesta por los padres y dos hermanas. Tenía 22 años. Había terminado aquel curso la carrera de Magisterio. Le gustaba escribir. Se expresaba bien en el género epistolar, con soltura y viveza, mezclando las noticias que esperaban los suyos con apuntes que tienen interés general.

Voy a comentar algunos párrafos de las cartas, referentes al establecimiento de los servicios de: correo entre vanguardia y retaguardia, transparencia de comida y ropa a los combatientes, atención religiosa en las trin-

cheras y otros; párrafos alusivos a la marcha de la Columna García Escámez y a operaciones realizadas por su Compañía.

Como anexo documental, se presenta una selección de las cartas de José María Erdozáin. Constituyen un testimonio directo sobre un momento histórico de gran relevancia, expresado de forma espontánea en un género literario, el epistolar, especialmente interesante.

Servicio de correos

La carta de 1 de agosto de 1936, la primera desde el frente, comenzaba así: «Queridísimos padres y hermanas: Enterado de que ya funciona el correo, os escribo para cumplir con mi deber y resarciros en cierto modo de los malos ratos que pasaréis pensando en mí».

Salió de casa, en Sangüesa, el 19 de julio, de par de mañana. Vivía en el edificio de la Escuela, siendo su padre maestro. Era domingo. Oyó misa de seis en Santa María la Real. Se trasladó a Pamplona y, nada más llegar, se dirigió al cuartel del Regimiento América 23, incorporándose a la unidad que le habla sido asignada. Era alférez. Le pusieron al mando de una sección de 65 hombres, requetés de Pamplona, Olite, Belascoain, Ciriza y otros pueblos. Sus jefes inmediatos eran el capitán Alós y el teniente coronel Rada. Su compañía de requetés, con otras tres, formaban parte de la Columna García Escámez que salió, el 19 por la tarde, hacia Madrid, en marcha motorizada, por las provincias de Logroño, Soria y Guadalajara.

La guerra rompió, paralizó o desbarajustó muchos esquemas de vida y de relación. Uno de ellos fue el correo: el servicio público que tiene por objeto el transporte de la correspondencia de un lugar a otro.

Reorganizar un servicio interrumpido violentamente lleva tiempo y a veces introduce cambios de funcionamiento. En el caso que consideramos, el correo estuvo casi paralizado los primeros días de la guerra, y el que se estableció con urgencia, para la correspondencia entre retaguardia y vanguardia, tuvo una organización especial.

En los primeros días circularon más o menos regularmente algunos trenes-correo, por líneas y entre localidades situadas en las zonas en que quedó partido el territorio. El alférez Erdozáin utilizó ese medio. Al pasar por Soria, el 21 de julio, echó a un buzón una Tarjeta Postal, la nº T 137207, con el sello estampado y franqueo de 15 cts. El sello, detalle curioso, era el vigente hasta entonces y mostraba el símbolo (un perfil femenino con el gorro frigio) y la inscripción: República Española. La República, contra la que iba el Alzamiento, la Columna Escámez y el firmante de la tarjeta.

El texto de aquella tarjeta postal exponía en cuatro líneas la situación actual y la esperanza inmediata del remitente: «Estoy muy bien en Soria. Los sorianos nos han hecho un recibimiento triunfal. Mañana, probablemente marcharemos a Madrid para terminar el movimiento». ¡Probablemente! La probabilidad perdió pronto consistencia. La marcha en línea recta hacia Madrid se quebró al día siguiente y se detuvo en Somosierra.

Otra tarjeta con sello republicano estampado y matasellos nacional envió por correo ordinario el alférez Erdozáin a su familia: la nº R 806646, con fecha 1 de octubre 36, desde Burgo de Osma, aprovechando un rápido desplazamiento al frente de Sigüenza. Esto indica que al menos hasta entonces, más de dos meses después de iniciada la guerra, no habían sido retiradas de la circulación o convivían con las nuevas emisiones de timbres postales.

Pero el funcionamiento del correo, a que hace referencia la carta de Erdozáin de 1 de agosto del 36, fue un servicio organizado por la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra. Bajo la presidencia de don José Martínez Berasáin, se crearon varias comisiones. Una de ellas, se encargó de la «correspondencia de y para los voluntarios», atendida por don Marcelino de Ulíbarri y don Eleuterio Arraiza.

Concretamente, para facilitar el reparto de correspondencia, así como de víveres y ropas, a los requetés que estaban en el frente de Somosierra, se estableció un depósito en Cerezo de Abajo, pueblo de Segovia, al pie del puerto. Hasta allí iban vehículos, casi a diario, desde Pamplona. A cargo del servicio estuvo al principio el capitán de Requetés, Luis Arellano, y a partir del 20 de agosto del 36, el sargento Aurelio Biurrun.

El servicio era gratuito para los remitentes. En la carta de Erdozáin de 26 de agosto, escrita en Braojos de la Sierra, se lee en la postdata: «¿Hace falta sello para escribirme? Todas las cartas que nos envían vienen sin él». No necesitaban franqueo. Llevaban un cuño rectangular que decía: «Correspondencia transmitida por la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra».

Servicio de intendencia

Rafael García Serrano, que marchó también en la Columna Escámez, encuadrado en una compañía de falangistas, refiriéndose a los primeros días de la guerra, escribió en su «Diccionario para un macuto», pág. 418: «Para evitar los problemas que forzosamente habrían de derivarse de la ausencia de una Intendencia organizada, nos dieron el haber de cinco días en mano, tres durazos, para que nos arregláramos por nuestra cuenta. Así llegamos desde Pamplona a Somosierra, donde ya no había tiendas para hacer nuestras compritas».

La intendencia no estaba organizada. Por eso cada agrupación se las arregló como pudo. La Junta Central Carlista de Navarra, por medio de la comisión antes mencionada y el depósito de Cerezo, atendió a los requetés que operaban en Somosierra y Navafría: las cuatro compañías de la Columna Escámez y el Tercio de Santiago.

El archivo administrativo de la Diputación Foral o Gobierno de Navarra conserva documentación referente al asunto. Una comunicación de la Junta Carlista, fechada a 14 de agosto del 36 y dirigida a los pueblos de Navarra que entregaban diariamente donativos en especie para los voluntarios, indicaba que lo más conveniente era, en cuanto a vestuario, «prendas interiores, calcetines, calzados y mantas», y en alimentos «conservas de carnes y frutas».

Hay varios escritos del sargento Biurrun a don Marcelino Ulíbarri sobre lo recibido y lo repartido en el depósito de Cerezo de Abajo, sobre cambios de recorridos en la distribución por la movilidad de las posiciones, sobre artículos que llegaban en demasía o con escasez. A este respecto escribió el 10 de septiembre de 1936:

«Supongo que no se le ocultará a Ud. que, desde hace mucho tiempo, este frente está totalmente olvidado por parte de esa Junta, en lo que respecta a abastecimiento de conservas y tabaco. Únicamente se ha recibido vino en abundancia, del que no queda ya más que una pipa grande y dos pequeñas... Urge por tanto, mi buen amigo Sr. Ulíbarri, el envío rápido de tabaco y conservas en abundancia para todos los navarros que aquí luchan».

La reclamación surtió efecto inmediato. A los pocos días, el 19, el sargento Biurrun acusaba recibo de lo siguiente: «1 barril de coñac, 1 barril de ron, 4 cajas de mermelada, 18 quesos, 150 libras de chocolate, 3 pipas de vino (2.200 litros), 177 mecheros y 1.250 paquetes de tabaco de 0,70».

Varias cartas de José M.^a Erdozáin comienzan acusando recibo de cartas y paquetes. La de 5 agosto: «Llegó la cuádruple carta» (escrita por los cuatro de su familia). La de 11 agosto: «He recibido vuestra carta y el encargo que le dísteis al chófer de Villava». La de 14 agosto: «He recibido un paquete con muda, chorizo, etc., otro que me entregó el chófer de Villava y tres cartas vuestras». La de 27 septiembre: «He recibido el paquete que mandásteis con Estanislao Goñi, que agradecí infinito, sobre todo los calcetines que os había pedido». La de 5 octubre: «He recibido el paquete con las tortas, leche, calcetines, manzanas, etc. No me mandéis cosas de comer. Si necesito, ya os lo pediré».

Son chocantes estos párrafos. Hacen pensar que estaban en la guerra como a media pensión, dependiendo de casa para la merienda y la colada. Eso de enviar o recibir «la muda», como para endomingarse, parece fuera de lugar. Y si se hacía en las primeras semanas por costumbre doméstica e higiene elemental, es de suponer que se dejaría de hacer pronto, para dar paso al descuido, la acomodación a la mugre, los piojos en costura y otras preocupaciones de índole más perentoria.

La carta de 9 de agosto, escrita en un lugar indeterminado de la sierra, añora los pequeños detalles de la vida familiar: «Ya tengo ganas de marchar ahí (de permiso o terminada la guerra) para contaros muchas cosas y para poder dormir en cama, comer caliente, lavarme y que me lavéis la ropa, y no como ahora, que tengo que lavarla yo. ¡Y vaya bien que queda!» La colada del soldado, en las piedras de un riachuelo o en el lavadero de un pueblo abandonado.

El 14 de agosto se queda con lo puesto: «No necesito muda ninguna, por ser un estorbo para los avances; además, Rosario (su novia) me mandó una camisa y ayer recibí otras tres; de éstas me quedaré con una y las otras dos las daré».

Servicio de capellanes

La atención religiosa a los voluntarios navarros, al principio de la guerra, no se hizo de forma organizada. Curas y religiosos fueron a los frentes de batalla y se agruparon a los tercios o compañías de requetés donde militaban los de sus pueblos o parroquias. Sucedió entonces que en unos puntos había varios capellanes y en otros, ninguno.

Da idea de la desorganización una anécdota que contó José M.^a Iribarren en su libro «Con el General Mola». Fue el 17 de agosto de 1936 en el Cuartel General de Mola en Burgos, durante la comida. A la mesa estaba invitado el coronel Escámez, quien dijo sobre los «páteres» que había en Somosierra:

-«Lo menos tengo por allí catorce curas. Hasta un fraile misionero de barbas, que me lo encuentro en todas partes. Se pelean entre ellos por servir. He tenido que darle a uno autoridad sobre todos. Algo así como el obispo de Robregordo».

Robregordo era el pueblo de la sierra donde tenía instalada entonces su Plana Mayor. Hubo uno o dos jefes de capellanes: don Fermín Erice y don Pascasio Osácar.

Las cartas de José M.^a Erdozáin arrojan luces y sombras sobre el asunto. La sombra fue el hecho, chocante en un contexto de Cruzada, de que una compañía de requetés se pasó el primer mes de la guerra sin oír misa. La luz, el empeño del alférez para solucionar la situación.

El 14 de agosto, estando de descanso en un monte de Braojos de la Sierra, escribió a su familia una larga carta, con variedad de temas y sentimientos. En ella, entre relatos de la vida de campaña, contados con humor, como si no tuvieran gravedad o importancia, les confió lo que más le preocupaba en aquel momento:

«No he visto acto religioso, fuera del rezo del Rosario, desde el día 19, que oí misa de seis en Santa María la Real de Sangüesa. Ayer marché a protestar del caso, pues creo ha sido ésta la única compañía que no ha tenido alguna vez misa. Por fin, estuve con D. Fermín Erice y me prometió atender mi súplica; si bien, mañana también nos quedaremos sin misa».

Las cartas siguientes relatan las gestiones realizadas. La del 17 de agosto, desde el pueblo de Madarcos: «Como os decía en mi anterior estábamos descansando en un monte... y recibimos aviso de tener que operar. Era el día 14; desde el 19 de julio no habíamos oído la Santa Misa, ni podido comulgar. Toda la tarde la empleé en buscar un sacerdote que pudiera, el día de la Asunción, confesarnos, darnos la Sagrada comunión y celebrar. Por fin lo hallé; todo satisfecho volví a la compañía para comunicar la agradable noticia. El entusiasmo de todos fue algo grande. Pensando en el día siguiente, unos haciendo el examen, otros preparándose para comulgar, se durmió la gente. A la una y media de la madrugada, cuando yo comenzaba a prestar mi servicio, vino un enlace y ¡A formar! ¿Sabéis en qué quedó la función religiosa? En emprender una marcha». Una marcha de tres días por Riaza, Riofrío de Riaza, y las cumbres de la Buitrera y la Cebollera.

La del 18 continúa: «Esta tarde, si puedo, voy a buscar a un sacerdote, pues tenemos iglesia (la de Madarcos). Voy a ver si consigo aprovechar esta ocasión».

La del 20 narra el final feliz de la gestión: «Ayer, aprovechando un viaje que tuve que hacer, hablé con un capellán, que es de Burgos, para que viniera al pueblo en que nosotros estamos. Pedí permiso en el Cuartel General y en el mismo coche se vino con nosotros. Tan pronto como llegó, se puso a confesar, desfilando por el confesionario toda la compañía, comenzando por el capitán. Hoy hemos oído la Santa Misa.. Ha sido un acto grandioso y el primero a que hemos asistido desde que salimos de Pamplona».

Las quejas insistentes y el interés demostrado por el alférez tuvieron como consecuencia el nombramiento de un capellán fijo para su compañía: el P. Mariano de Sangüesa. Erdozáin anotó en una de sus misivas que el Padre capuchino estaba con ellos en Somosierra el 24 de agosto. Esto concurda con una carta de presentación, expedida por la Junta Central Carlista y dirigida al «Ilmo. Sr. Don Francisco García Escámez, Coronel de la Columna que opera en Somosierra, Robregordo», que decía:

«Pamplona. La Junta Central Carlista de Guerra de Navarra tiene sumo gusto en presentar a V. S. a los portadores de este documento: Revdo. P. Mariano de Sangüesa, del Convento de Capuchinos de esta Ciudad, que desea figurar como Capellán en la Compañía del Capitán Sr. Alós, cuyos voluntarios en su mayor parte son del Barrio de Capuchinos de Pamplona,

cuya circunstancia hace que estimen en mucho los servicios del mencionado Padre. El otro muchacho se llama Sabas Portillo, que desea alistarse como voluntario en la referida Compañía para cubrir bajas».

«Si V. S. encuentra factible atender a estos dos Sres., seguramente quedará complacido de los servicios de ambos y esta Junta tendrá una ocasión más para expresarle su más sincero agradecimiento».

«Dios guarde a V.S. muchos años. Pamplona, 21 de agosto de 1936. Por la Junta Central Carlista de Guerra de Navarra, El Presidente, José Martínez Berasáin»

Marcha sobre Madrid

La Columna García Escámez salió de Pamplona, como se ha dicho, el 19 de julio por la tarde, para emprender lo que se llamó pomposamente marcha sobre Madrid, aunque los jefes que la ordenaron y dirigieron, Mola y Escámez, sabían que no era para tanto. Iba por carretera. Se necesitaban vehículos. El parque móvil militar puso los suyos. La Junta Central del Partido Carlista, al organizar la movilización de sus voluntarios, había dado instrucciones concretas a las Juntas de Merindades: «Procurarán ordenar por teléfono, telégrafo o mediante enlaces los medios de transporte que dispongan... y para ello deben contar en todo momento con los elementos que existan en las mismas, para requisarlos con la mayor urgencia».

Un testigo presencial de la salida, José M.^a Iribarren, escribió en su libro «El General Mola»: «Aquella tarde toda la gente remansó en las inmediaciones de los cuarteles, donde se estaba organizando la columna García Escámez... La explanada ante el cuartel de Ingenieros estaba llena de autos requisados para el transporte de las tropas».

Buscando información fuera de archivos y libros, encontramos a participantes de la marcha y a compañeros de Erdozáin. Tienen ahora ochenta años o más, pero conservan en la memoria detalles y pormenores del episodio. Uno de ellos, Jesús Torrens Zabalza, era el chófer de una camioneta que llevaba pintado en las puertas el nombre comercial «Coloniales Irujo». Aquella camioneta, con Torrens al volante y cargada de requetés de la compañía del capitán Moscoso, encabezó en muchos tramos la marcha sobre Madrid.

La carta de Erdozáin, escrita el primero de agosto en las «Proximidades de Buitrago», señalaba las etapas de la marcha: «El día 19 salí de Pamplona y llegamos a Logroño el 20 a las cinco de la mañana. A la tarde marchamos a Villamediana... El día 21 salimos para Soria, parando en Ortigosa. Dormimos en Soria. A las dos y media de la tarde (del día siguiente) salimos para Guadalajara y, pocos kilómetros antes de llegar, tuvimos que recular porque nos habían preparado una emboscada. Como eran ya las doce de la noche, lo más prudente fue volvernos y marchar a Madrid por otra parte. Llegamos a Almazán, continuamos hasta Aranda de Duero y emprendimos la toma del puerto de Somosierra».

El itinerario coincide con el señalado por otros comentaristas e historiadores. José M.^a Iribarren, en su libro «Con el General Mola», hace varias referencias a la columna Escámez, siguiendo su marcha desde el puesto de secretario de Mola y anotando en su diario los partes de operaciones de las distintas unidades. Día 19: «Integraban la expedición dos batallones (América y Sicilia), completadas sus plantillas de guerra con cuatro compañías de requetés y dos de falangistas. Mil trescientos soldados aproximadamente. Salieron

de Pamplona de siete a nueve y media de la noche», por la carretera de Estella. Día 20: En Logroño, con escaramuza en Villamediana. Día 21: «La columna se dividió. La mitad de ella salió, a las siete, en dirección a Soria. Se detuvieron en el pantano de Ortigosa». Allí iba la compañía del alférez Erdozáin. «La otra mitad se dirigió hacia Alfaro, al mando de su coronel», agrupándose después con los primeros. Día 22: «Hacia Guadalajara. Anocheciendo, cruzaron Almazán. Camino de Jadraque se hizo oscuro, pero hubo orden de que los “autos” apagaran los faros, motivo por el cual la marcha se hizo pesadísima. La columna pasó de Jadraque y, cuando se encontraba a 18 kilómetros de Guadalajara, mandaron hacer alto... Corrió el rumor de que el enemigo había interceptado la carretera volando un puente... En medio de estas conjeturas se dio la orden de volver».

En este punto del relato, cabe hacerse una pregunta. ¿Dónde, exactamente, se detuvo la marcha sobre Madrid? ¿En qué pueblo se dio orden de volver, o de recluir, como dice Erdozáin en su carta? Es un pequeño detalle, un pormenor, pero interesante y curioso, por la circunstancia en que se basa la localización.

Jesús Torrens iba, aquella noche, con la camioneta de «Coloniales Irujo», a la cabeza de la columna motorizada. Cuando les mandaron parar y volver, se dio cuenta de que tenía casi vacío el depósito de carburante. Pidió permiso para acudir al tanque de suministro que les acompañaba y le fue negado. Insistió y se le ordenó tajantemente que abandonase el vehículo y se montara en otro. Como se trataba de un vehículo de propiedad particular que se le había confiado, Torrens tomó nota del nombre del pueblo donde lo dejaba para volver, en cuanto pudiera, y recuperarlo. Fue en Miralrío.

Las cosas se complicaron, especialmente para él, que a los pocos días fue herido, dado por muerto, exequiado y reaparecido después de dos años. Cuando volvió al lugar de los hechos y «de autos», sólo pudo enterarse de que la camioneta había sido utilizada por un panadero de la zona. Pero lo recuerda todavía: fue en Miralrío, un pueblo de Guadalajara, entre Jadraque y Casas de San Galindo.

Guerra en vacaciones de verano

Algunos voluntarios, los estudiantes y universitarios por ejemplo, pensaban que la guerra se hacía en verano y se terminaba para septiembre. Llevaron a las trincheras, como quien dice en la mochila, las asignaturas pendientes, los títulos recién obtenidos, los recuerdos gratos e ingratos de clases y profesores. Cada uno, lo suyo.

Una carta de las comentadas tiene hasta ambientación y terminología de veraneo, buscada por el remitente en sentido de broma, ironía, o para quitar el susto a la familia. Dice el 1 de agosto en las proximidades de Buitrago: «No deis mucha importancia a mi estancia aquí, ya que no puedo estar mejor. Estoy veraneando, pues disfrutamos una temperatura que nos hace tiritar sin parar».

José M.^a Erdozáin había terminado aquel curso la carrera de magisterio y fue designado para la escuela de Puente la Reina. Por los periódicos que llegaban al frente se enteraba de la vida en retaguardia y de los asuntos que podían interesarle. Así en carta de 26 de agosto, escrita en Braojos de la Sierra, escribió a sus padres:

«Leí que los maestros voluntarios tienen que acreditar el estar en el frente, si es que no acuden el 1 de septiembre a su escuela. Ya me diréis qué debo hacer, si nos dan escuela el día primero y no acudo a clase. Escribidme pronto».

El papeleo sería lento, sobre todo en asuntos no directamente relacionados con la contienda. En carta de 27 de septiembre volvió sobre el tema, que a él le interesaba muchísimo y del que no tenía noticias: «Ya me diréis si he tomado posesión de la escuela, o mejor si habéis arreglado este asunto».

Las escuelas se abrieron en septiembre. El padre de Erdozáin, Don José, seguía de maestro en Sangüesa y una de las hermanas, M^a Luisa, ejercía en Lumbier. José María le escribió a ésta una carta preciosa, desde Carabias (Guadalajara) el 6 de octubre, felicitándole por su cumpleaños, evadiéndose de la dura realidad y comentando el haber conocido por allí viejos métodos de enseñanza:

«Queridísima hermana: ¡Felicidades por muchos años!... Sí continúo en este pueblo, tendré unas horas libres y en ellas volaré a hacer compañía a la Gata (apelativo familiar), que estará dando lecciones patrióticas a los futuros defensores de España. Ya he penetrado muchísimas veces en tu escuela y ¡si vieras cómo me río desde aquí!»

«Aquí he estado hablando con la Maestra, señora de unos 55 años, rechoncha, habladora, pero al estilo de Sancho. ¿Qué sabrá ella de Pedagogía? Ni pum, pero los crios saben bastante, aunque ¡les da cada paliza!»

«¿Será éste tu retrato cuando yo te felicite dentro de 40 años? Es una felicidad el soñar tanto y tan bien. ¿Ya se te ha pegado el tonillo de esa villa? ¡Cómo voy a disfrutar cuando me acerque a ti y me sueltes algún espiche de Lumbier!»

¡Dentro de 40 años! Soñaba el alférez Erdozáin. ¡A los diez días murió! Pero antes de morir, en Sigüenza, cuando se luchaba en las calles, realizó un acto hermoso de amistad en el mundo escolar. Buscó entre el tiroteo y encontró, en un escondrijo candeal, a un profesor que tuvo en Pamplona y que era de Sigüenza, adonde había ido a pasar las vacaciones de verano. Lo contó en su carta de 10 de octubre, penúltima de las suyas:

«El día 8 a las doce y diez minutos nos lanzamos dos compañías monte abajo (desde el castillo famoso en mil contiendas) hasta llegar a las primeras casas; Nos zumbaban por lo menos seis ametralladoras y las balas, a unos les pasaban la ropa, a otros les saludaban levantando polvo a sus pies. A pesar del intensísimo fuego, mi sección tenía un objetivo bastante fácil, ya que iba en reserva.

«Pregunté a los del pueblo, que se hallaban escondidos en los sótanos, por Don Florencio Caballero (su profesor) y, habiéndome enterado de la casa que ocupaban sus padres, fui allí; les saludé, pregunté por su hijo y me condujeron a una panadería, donde encontré a mi amigo metido en una cueva, construida con sacos de harina. Fui el primero en saludarle y abrazarlo, y el pobre hombre hablaba como un sonámbulo. No se daba cuenta de lo que pasaba; después reaccionó, me dio algo de comer (desde la una y media de la madrugada, en que tomamos café, no habíamos probado bocado, hasta que comí algo a las cuatro de la tarde con Caballero). En su casa cené y dormí en su entrada en un colchón.

«Al amanecer de ayer proseguimos el avance y ya varias compañías conseguimos echar a los milicianos a la Catedral, donde se han hecho fuertes. Ocupé con la sección la parte trasera de la Catedral, dominando un barranco».

En ese puesto, el día 14, recibió un balazo que lesionó su columna vertebral, afectando a la medula espinal y al nervio recurrente, produciéndole parálisis casi absoluta de los miembros inferiores y la lengua. Cayó al barranco, quedando inmóvil.

Acudió en su ayuda el capitán Bulnes con varios requetés. Le recogieron y trasladaron rápidamente al hospital de Sigüenza y posteriormente al de Calatayud, donde murió el 16 de octubre de 1936.

Carta desde la cárcel

La primera que de él se conserva fue escrita en la Cárcel de Pamplona, en octubre de 1932. La carta, además de la peripecia vital que cuenta, interesa por las cualidades literarias que revela. A Erdozain le gustaba escribir y se ejercitó en el género epistolar, uno de los más sugestivos. Tenía dotes naturales para el oficio: personalidad, carácter, espíritu de observación, sentido del humor y de la ironía. Hizo una primera demostración de su estilo a los 18 años, cuando, estando internado, se recreó literariamente en un descriptivo inventario de la celda; confirmándose en su caso lo ya sabido: que la prisión le sienta bien a los escritores.

La carta aludida, además de noticias personales que esperaba su familia, facilita información de interés general sobre el funcionamiento interno del centro penitenciario: horario de actividades de los reclusos, servicios de comida y limpieza, etc.

Le metieron en la cárcel, junto con otros catorce tradicionalistas sangüesinos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, por reventar un mitin republicano, celebrado el 24 de julio de 1932 en el local de la escuela, donde uno de los perorantes, dirigiéndose a la Cruz colgada en la pared, dijo que ya era hora de quitar de allí «a ese desnudo». Los del grupo de Erdozain interrumpieron el acto, gritando ¡Viva Cristo Rey!. Intervino la Guardia Civil y los llevó al cuartelillo. Se les acusó de armar alboroto y se les impuso una multa de 75 pesetas por persona. Al negarse a pagar, fueron conducidos a la Comisaría de Pamplona y de allí a la prisión provincial. Entre los detenidos estaba su hermana M.^a Luisa, a quien alude en la carta, que se copia a continuación:

«Cárcel Pamplona, martes 18 de octubre de 1932.

Queridos padres y hermana: Tengo el honor de escribirles desde la celda 117 y después de cuatro días de cárcel.

Voy a contarles, aunque supongo que M.^a Luisa les habrá escrito de esto, los pasos que dimos, después de entregarnos en el Gobierno Civil.

Tres maletas y no sé cuantas mantas era todo el equipaje. Laureano, Iribarren y otros llevaban todo. Acompañados por un policía secreta, llegamos a la cárcel. En la primera puerta nos enteramos que los hombres en cinco días no salen para nada de sus celdas. Allí todo fueron lamentaciones, no mías, sino de otros que me compadecían. A mí no me importó absolutamente nada. Entre ¡Pobrecito! ¡Qué mal lo vas a pasar! etc; despedíme de M.^a Luisa, Ana, Petra, Margarita y del público.

Aguardé un momento para que M.^a Luisa me trajera la ropa de la maleta, pero no me lo permitieron. Me introdujeron en un cuarto poligonal, todo cristal, que se levanta en medio del tránsito. Allí me preguntaron nombre, edad, profesión, etc. Me enfocaron una bombilla; clavaba sus ojos el oficial en mi cara y escribía una p; otra vez su mirada y c; otra y otra. Yo no entendía nada. Al final se levanta, me manda sacar todo lo que yo tenía en los bolsillos y el cacheo. Trabajo inútil. Mientras, está esperando un empleado con la ropa de M.^a Luisa.

Me dice el oficial: «¿Cómo no ha pagado la multa?» «Porque no tengo dinero». «¿Qué es lo que Vd. estudia?» «He terminado bachiller». «¿Y no tiene 75 ptas.?» Metí la mano al bolsillo y saqué 9. «No tengo más. Si bastasen con éstas, ahora mismo las entregaba.» Dijo que sí convenía al estudiante pagar y otras cosas que no me convencieron.

Cogí la ropa y me condujo a mi celda, que es la 117. Una ventana en lo alto con barrotes de hierro de cuatro dedos de grosor. Se pueden abrir por medio de una cuerda los cristales. Uno de ellos lo he roto. Una mesa plegable con un «Pensamiento» bien extendido sobre ella y una «Verdad y Caridad». Otro como yo habría estado aquí. Dos mantas que tuve el cuidado, en cuanto me vi solo, de echarlas a un rincón. Una cama con el jergón de hojas de maíz. Un pozador lleno de agua y encima de él, en un círculo de hierro, el barreño. Todo estaba muy limpio.

Una escoba con el palo roto por la mitad. Un retrete embaldosado con azulejos blancos y su tapa correspondiente. Un plato de porcelana de colores más alto que un asca. Una cuchara de palo. Una jarra muy nueva para tazón. Todo está incrustado en la pared, menos los cubiertos y pozador. A todo lo largo de la pared de la puerta y sobre ella una tabla para la ropa, zapatos, etc.

Todo visto a la luz de una vela. Hablando sinceramente, no me causó nada de temor; al contrario. Mejor, bastante mejor que el Seminario de Pamplona. Todo aquí nuevo.

Empiezo por rezar el rosario. Me acuesto. Duermo muy bien sobre el jergón. ¡¡¡Alerta!!! se oye gritar cada cuarto de hora. A las siete de la mañana suena una campana. Me levanto. Siete y media, cuatro campanadas: desayuno, no tan malo; café con leche y un bollo de pan. Me siento en la banqueta (que también hay) y me pongo a leer los libros que me mandan mis compañeros. Diez, campanada; suenan los cerrojos de las celdas.

Voy a describir la puerta mirando por dentro. Abajo, seis agujeros más largos que anchos. Más alto, una ventanita de unos 25 cms. de largo por 15, cerrada por fuera. Y encima, los avisos al preso. No se puede cantar ni silbar ni asomarse a la ventana. Se debe tener todo limpio, etc. Y entre la ventanita y los avisos, formando un cono truncado, un agujero para poder inspeccionar por fuera, pero también cerrado. Por fuera, cierre para el orificio, cierre para la ventana, cierre para la puerta. Total todo hierro, pues hasta la puerta lo es.

Las once, campanazo y reparto de comida. Se abre la ventanilla.

Me pide uno el plato y me lo llena de sopa de arroz. Sin terminarlo, quieren servirme el resto. Les ruego esperen y muy amables condescienden. Me sirven un plato de garbanzos y dos pedacitos de carne a la vez. Se puede pasar muy bien sin traer la comida de fuera.

A las dos traen colchón, mantas, almohada de casa Baquedano, a la vez que me llenan el pozador de agua, porque ya carecía. La gasto lavándome, bebiendo y limpiando el retrete. Hago la cama. Poco después entra el oficial y tengo que ponerme debajo de la ventana, erguido, firme. Vino a ver si conservaba la limpieza. Esta visita se hace todos los días.

A las seis, cena. A las siete abren la ventanilla y a sacar el brazo por ella, para hacer ver que estamos vivos. Esto se hace también a la mañana. Para esta hora ya hace rato tengo la vela encendida. Y cuando me aburro, a dormir; Leyendo y rezando me paso el día. Mañana creo saldré a recreo de cuatro a cinco.

Hoy me han venido a visitar los dos tíos, Luis, Don Cesáreo Olleta. Pasteles. Hemos tenido suerte, pues como nos traen la comida toda junta, dos días hemos comido todos juntos, quebrantando para ello todas las disposiciones; nos lo dijo el oficial. Ya no nos veremos más hasta que salgamos todos a recreo.

El domingo oímos misa, pero sin ver una cara. Abrieron la puerta, siempre con llave, un poco». No podía ni sacar la cabeza y de la misma celda veo el altar. Pedí poder comulgar y que ni quieras encerrado. Comulgaron en la misa Jaime del B, Irujo, Polo y otros.

Me mandó M.^a Luisa una caja de pasteles, caramelos en abundancia, de sobra para repartirlos entre todos. Ellas deben estar mejor que en casa y yo muy bien.

Estoy ahora en la 171, Alfonso Carlos en la 172, en la siguiente Laureano, Uli, Sr. Orduna, Don Víctor y Lompar. Todos seguidos, por supuesto cada uno en su celda. Nos pegamos mucho en la pared. El otro vecino mío es de Pamplona, me lo ha dicho un sirviente, pero no se dignó oír misa el domingo. Así será él.

A los tres días de entrar me llamaron a no sé qué departamento y me preguntaron el nombre, el mío y el de ustedes; los motivos de venir los puso él sin preguntarme, y creo puso religión. Era el «Chamberilero», que escribe todos los días en el «Pensamiento» de toros.

No he visto el sol; sin embargo, ahora mismo estoy en mangas de camisa. Estoy muy bien, me sobran caramelos. ¡Aún puede ser que lleve prest ahí! Creo que en los recreos no me he de ver con Jaime ni con ningún conocido. Los de quincena tenemos horario aparte. ¿Estáis contentos y satisfechos de la largura de la carta?

Recuerdos para todos: abuela, tíos, primos y Vds. reciban un abrazo de su hijo que les quiere y les pide una oración,

(firmado) José M.^a Erdozáin

Visitas, martes y sábados para nosotros; jueves y domingos para las chicas; sobre las diez; no sé si de nueve y media a diez o de diez a diez y media».

Leída la carta, se pueden hacer varios comentarios. Uno se refiere a los servicios de cocina y limpieza, que funcionaban a satisfacción, por lo menos, del preso José M.^a Erdozáin. Dice que en la Cárcel se estaba mejor que en el Seminario. Esto es chocante. Tiene su miaja de ironía o su parte de verdad, en 1932. El conocía por dentro los dos establecimientos. Había estado en el viejo caserón del seminario conciliar. En comparación con él, la prisión era relativamente nueva y estaba bastante limpia.

El buen funcionamiento de los servicios culinarios, sanitarios e higiénicos tiene su explicación. En aquellos años eran realizados por Monjas, por las Hermanas de la Caridad, como en el Hospital provincial, y a cargo de la Diputación. En su archivo administrativo se conserva documentación que confirma las apreciaciones de la carta comentada.

Unas facturas explican la limpieza del edificio. En septiembre de 1932, días antes de que ingresaran Erdozain y sus amigos, se dio un blanqueo a las paredes. La obra fue realizada por Construcciones Herrera Hnos. y Sanz por un importe de 2.948,- ptas. y el material (lijas, brochas, cal, etc.) fue suministrado por la Droguería Ardanaz Hermanos.

Hay dos relaciones de gastos, una de enfermería y otra de ranchos, firmados por una Monja: «La Superiora, Sor Marcelina Pecina». Esta información sobre Religiosas en la Prisión se completa con una «Nómina de los haberes devengados por las Hijas de la Caridad instaladas en dicha cárcel», en la que se detalla: «La Superiora y cuatro Hermanas, a razón de diez pesetas mensuales: 50,- ptas. Alimentación de las mismas, a razón de tres pesetas diarias: 456,- ptas. Total mes: 515,-ptas.».

Cartas desde Somosierra y Sigüenza

Si pensamos en epistolarios, las de José M.^a Erdozain se colocan con las cartas de soldados. Las antologías de epístolas presentan varias clasificaciones, según los temas que tratan, los remitentes y los destinatarios. Hay cartas privadas y públicas o para ser publicadas; cartas literarias, filosóficas, viajeras, religiosas, románticas; cartas que tienen un poco de todo, noticias personales y comentarios sobre hechos de interés general.

Los soldados, cuando escriben a sus padres, novias o amigos, al tratar de la guerra que hacen y padecen, cuentan lo que los generales no pueden conocer desde sus puestos de mando. La historia, la literatura, la novelística, la cinematografía, han utilizado para componer sus obras bélicas las cartas de grandes estrategas, Julio César, Napoleón. Quedan al margen los pormenores, escritos a mano en incómodas trincheras en cartas familiares que se conservan, si se guardan, en archivos domésticos y que, cuando llegan a ser descubiertas y conocidas, se convierten en revelaciones gozosas para los aficionados al género epistolar.

Las cartas de Erdozain muestran buenas maneras de escribir. Tienen relatos y descripciones, viveza expositiva, variedad de noticias, ausencia de generalidades, atención a lo concreto, cambios de humor y de escenario. El estilo es ameno, directo, alegre, irónico y cordial.

Examinando la construcción de las mismas, se observa que tenía conocimientos y práctica de redacción. No usa frases hechas ni fórmulas estereotipadas. Escribe con espontaneidad y riqueza de vocabulario, al dictado de su estado de ánimo y de las circunstancias del momento.

La colección epistolar que he podido consultar contiene 19 cartas y 3 tarjetas postales, escritas del 1 de agosto al 11 de octubre de 1936. Algunas diarias o en fechas próximas, sin esperar respuestas. Desde Madarcos, en tiempo de descanso, escribió los días 17, 18, 20 y 21 de agosto. Desde Sigüenza y sus proximidades, los días 3, 5, 6 (dos), 10 y 11 de octubre.

José M.^a Erdozain no pretende escribir historia. Quiere comunicarse con los suyos, que están preocupados por él, y contarles dónde y cómo está, qué come, qué necesita de ropa, cómo y dónde duerme, qué caminatas se pega,

qué tormentas le caen, cómo va la lucha por el ideal. Pero, al contar eso, da tantos detalles sobre días, horas, lugares y acciones que ayudan a completar o contrastar los relatos elaborados por historiadores.

Las guerras han sido fuente clásica de narraciones y memoriales, de libros, crónicas y cartas. Las de Erdozain, escritas a vuela pluma, después de un duro combate o de una marcha agotadora, sin pretensiones literarias, están redactadas con gran corrección. Y en cuanto a interés, consiguen rebasar el reducido ámbito familiar al que iban destinadas.

Repasando los contenidos, se observa que unas desarrollan un solo tema, como la de 27 de septiembre, en que describe con tremendo realismo lo que vio al entrar en el pueblo de Lozoya, destruido y abandonado: «Estoy otra vez en Navafría. Llegué anoche a la una de la madrugada, después de haber caminado un montón de kilómetros, de vuelta del nefasto pueblo de Lozoya. Fue una operación muy bonita la que hicimos. Salimos el día 25 a las siete y media de la tarde, camino del enemigo. Nos metimos por un espacio que tenían sin vigilancia, anduvimos unos seis kilómetros por detrás de los rojos y al amanecer caímos sobre el pueblo de Lozoya. Lo tomamos muy pronto, pues los rojos lo habían abandonado casi por completo, atrincherándose en los montes cercanos.

Mi primera visita fue para la Iglesia, que ya me habían dicho estaba desvalijada. La impresión fue terrible. Aquello tenía un aspecto casi repugnante. No estaba la Iglesia incendiada, pero los altares habían desaparecido y con ellos debieron de formar un montón en la plaza, dándoles después fuego.

En la misma plaza quemaron vivos y a fuego lento a varios requetés de Pamplona, que se despistaron de carretera y fueron a parar al ya derruido Lozoya. Murieron con los vivos de los mártires de Cristo-Rey y España. Por las calles encontramos dos cráneos humanos y yo me figuré que serían de los requetés mártires.

Mi sección marchó de requisa por el pueblo y alguno de ellos volvió hasta con cinco relojes.

Por las calles estaban tirados muchos objetos sagrados, mejor dicho, pedazos de ellos, y en distintas casas se hallaron la custodia algo deteriorada, cálices, copones, etc. De todo esto se hizo cargo el capellán para enviárselo al Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos.

En la Iglesia solamente se salvó parte del altar mayor, que quedó en pie aunque inservible, y dos retablos de la Virgen. Yo me figuro que éstos, enclavados encima del altar, los dejaron porque al quitar un tercero que también había (se conoce por las huellas) le costó la vida a alguno, por los detalles que se notaban. Apareció también dentro de la Iglesia un ara, supongo que se llama así la piedra que ponen en el altar, y en la sacristía, sin borrar, un cáliz muy bien pintado en la pared.»

Otras cartas ofrecen ensalada mixta de noticias, como la de 14 de agosto en Braojos de la Sierra: «He recibido un paquete con muda, chorizo etc; y tres cartas vuestras; por lo tanto no tengo nada que recoger de lo que me habéis enviado. Pues no sabéis la lata que doy todos los días al chófer de la compañía para que mire si tengo algo! Todo me llega muy bien».

«Me dices, madre, que no te cuento la vida que hago y te lo estoy diciendo en todas las cartas. Hasta hace dos días ha estado mi sección en primera línea y ¿sabes qué hacía? Sacar media “chola” por encima del parapeto, dar

órdenes, vigilar, disparar, comer y reírme de las balas. ¿No ves que la Milagrosa está con nosotros?»

«En cuanto al descanso, lo estoy disfrutando hace dos días. Creo que os escribí en qué consiste: la compañía en que está Jaime del Burgo, Lorente, etc. avanzó y nos relevó, yendo nosotros a ocupar la posición que ellos ocupaban. ¡Si te parece mal descanso estar en un monte donde no se oye otra cosa que el estampido del cañón y el de las granadas, estando del todo libres del efecto y sonido silbante de las balas! Era ya algo necesario, siquiera para reposición de nuestro sistema nervioso, en continua tensión de día y de noche por espacio de once días».

«Ahora nos “pegamos” la gran vida. Antes de ayer comimos en un molino, tortillas, gallinas, queso, galletas, chorizo, pan, vino, coñac, ron, cigarros puros, café. Vaya comida ¿eh? Ayer en el mismo sitio volvimos a comer engullendo, tortillas, un gorrín, queso, café, ron. Hoy, día de abstinencia, me privaré de ello, aunque no estoy obligado».

«¿Qué hace mi querida e inolvidable LER? ¿Y M.^a Luisa, que no me ha escrito esta vez? ¿O es que está de enfermera en algún frente? Ya podías venir aquí. Estarías con Urraca Pastor y otra margarita».

La carta de 3 de octubre a su madre, desde Sigüenza, combina el tono narrativo con el afectivo y alude al presentimiento de su cercana muerte:

«Desde este nuevo frente os escribo por primera vez. A él llegamos el primer día del mes del Rosario. Salimos del puerto de Navafría a las seis de la mañana, comí en Burgo de Osma, de donde os envié una postal aprovechando el poco tiempo disponible, descansé con la columna en Almazán y, después de obscurecido, llegamos a un pueblecito cercano a Sigüenza, donde tomé el gran tazón de café con leche y pude descansar formidablemente en la soberbia cama de un corral con paja nueva. Fui feliz».

«Nos levantamos a las tres de la madrugada, desayunamos café negro y nos aprovisionamos para pasar el día de las siguientes cosas, que constituyeron el mejor menú de los que he tenido esta temporada: un chusco de buen pan, muchísimo mejor del que nos daban en aquellas míseras tierras madrileñas, dos latas de sardinas, que dieron la novedad de estar con tomate sabrosísimas, un trozo de cordero asado, una latita de mermelada, otra de carne con tomate».

«Con este avituallamiento emprendimos la marcha para ocupar el objetivo establecido al Sur de Sigüenza en un monte y cerrando de esta forma el cerco de la ciudad, pues todos los demás que la rodean habían sido ya tomados. Desde esta posición tenemos que impedir lleguen a Sigüenza los convoyes que a ella vienen con personal, munición y víveres, habiéndolo conseguido completamente, ya que rechazamos siete camiones blindados y dos trenes también blindados, que, a pesar de sus ametralladoras favorecidas por la aviación, que en número de nueve aparatos nos regalaban sus inútiles 90 o 100 bombones, y la artillería que sacudía entre nuestros parapetos, no consiguieron pasar».

«A pesar de todas estas cosas, a las que ya nos hemos acostumbrado en estos meses, estoy contento y muy satisfecho de lo que hago. Así que, mamá, perdóname, pero no me verás hasta que esto termine o me lleven por esas tierras. No te apures, mamá, si salgo bien, podrás gloriarte conmigo, y si muero, yo te pido y lo harás, cantarás el Te-Deum, dándole gracias a Dios por haber-

me llevado a su gloria. Así que siempre contenta y animada como lo estoy yo».

«La artillería ya funciona otra vez. Dios hará lo que le plazca y todos encantaditos ¿verdad queridísima mamá? Te mando un beso cariñosísimo por los aires y otro muy fuerte por medio de esta carta; Otro muy fuerte para tí, papá, y para M.^a Luisa y Resu otros.»

Cartas a la novia

Se sabe que José M.^a Erdozáin escribió cartas a su novia, llamada Rosario Cabello. No han sido localizadas. Si es que aún están en algún secreter, en un fajo de sobres atado con una cinta. Si no se han perdido. Francisco López Sanz, director de «El Pensamiento Navarro», comentó en sus «Glosas» un párrafo, escrito en Somosierra el 22 de agosto, en el que le decía; «Si Dios acepta mi vida, pediré en el Cielo por tí, para que te dé un marido que te haga más feliz que yo; si no, en el Cielo nos casaremos».

Las cartas, como es de suponer, tendrían otras frases y otros temas más cercanos a la vida que proyectaban. Le contaría por dónde andaba y qué hacia, con su peculiar simpatía y entusiasmo, y quizá con más detalles que a la familia.

Si escribió a la novia tanto como a casa, salen a carta por día. Lo cual supone mucho en las difíciles circunstancias en que se hallaba. Se precisa una gran afición a la pluma, un enorme deseo o necesidad para comunicarse. El género epistolar le queda agradecido.

RESUMEN

El estudio, basado en las cartas que escribió a su familia un Requeté de Sangüesa, José M^a Erdozáin, de julio a octubre de 1936, trata de algunos servicios (correo, intendencia, capellanes) que tuvieron que organizarse sobre la marcha al comienzo de la guerra del 36, y de detalles de algunas operaciones (marcha sobre Madrid, frente de Somosierra), en las que tomó parte, con una Compañía de Requetés en la Columna García Escámez, hasta su muerte en la toma de Sigüenza.

ABSTRACT

The study, based on letters written to his family by a Requeté of Sangüesa, José M^a Erdozáin, from July to October 1936, treats of some services (post, intendants, religious) which had to be set up at once in the beginning of 36' war, and details of some operations (march to Madrid, front of Somosierra), in which he took part as a member of a Company of Requetés in the "Columna García Escámez", till his death at Sigüenza.